

La Gran Via

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

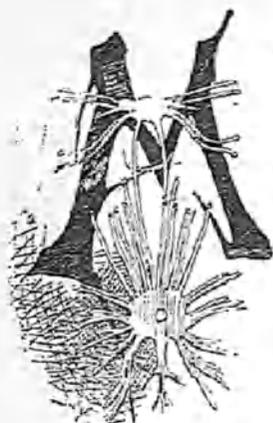
Madrid, 28 de Octubre de 1894.

Núm. 70.



CARRERA DE OBSTÁCULOS

ACTUALIDADES



ARMOL en quien D.^a Inés....»

Sin querer se va uno al Tenorio. Pero corramos un felpudo sobre esas víctimas de primeros de Noviembre.

Pensemos en nuestra situación económica.

Pongamos un ojo en el Sr. Sagasta, otro ojo en el Ministro de Estado, otro en....

Es decir, no disponiendo de más ojos, pongamos el pensamiento en las letras, en las artes, en el teatro.

Divirtamos nuestros ocios, pasando revista a los coliseos, ahora que ya han terminado las maniobras de los siete Cuerpos.

Todos los teatros han abierto sus puertas, todos viven, todos están llenos todas las noches.

Desde el de la Ópera hasta el de Martín; desde el teatro de Masini al de Manini, se ven favorecidos por el público.

En el de la calle de Santa Brígida sale con frecuencia en la ventanilla del despacho el cartel, cuyo lema anuncia al público la prosperidad de la Empresa (Dios se la aumente):

NO HAY BILLETES

¡Y cuántas obras en cartera!

Ni D. Práxedes cuenta con más candidatos al Ministerio, que las Empresas con obras dramáticas, cómicas, líricas y bailables.

En la Comedia, *Al pie de los Pirineos*, del aplaudido y discreto autor Pleguezuelo; *La monja áscalza*, del bien reputado Echegaray (D. Miguel), y una obra nueva del ilustre Pérez Galdós.

En la Princesa, primera parte del Español, dos dramas del eminente autor D. José Echegaray; otro de Sellés, el insigne voluntario de académico; de Leopoldo Alas, el primero de nuestros críticos, el claro ingenio y uno de los más eruditos y correctos escritores en serio y en broma, figura en lista un cuadro dramático, que su autor titula *Teresa*.

Es el primer ensayo de *Clarín* en la escena; pero seguramente, para remate de sus triunfos escénicos, le quisieran muchos autores.

En la Zárzuela, *El Húsar*, *Miss Robinson* y otras, de ambos sexos.

En Lara cuentan con dos docenas de actos, por ahora, y con Julianito Romea, y con éste basta para asegurar el año.

En Eslava se reune este año lo mejor de lo mejor: Matilde Pretel, Banquells y Chapí.

En Apolo, *La Paloma*.

En Parish, Rossell y Arana, y butacas á cincuenta céntimos.

En Novedades, el cuadro más completo.... (Lean ustedes la prensa diaria.)

En Romea, Lorerito Prado.

Felipe Pérez, el ingenioso autor de *La Gran Vía*, y el elegante poeta y autor de tantas joyas teatrales, ha regalado, como quien dice, á la Empresa de Romea el juguete cómico-lírico, en complicación con Angel Rubio, *De P P y W*.

Esto es: ha regalado unos miles de duros á la Empresa.

Todos viven, «todos se abren» á la esperanza lisonjera, hasta D. Emilio, que sueña con un porvenir color de rosa para España (y *premita* Dios que nos caiga—como decía, hablando de la lotería, un vecino de Utebo, patria del *barbo famoso*).

Todo, menos el Congreso, que *otavía* no abrirá sus puertas hasta el 12 de Noviembre «*próximo*», según lo escribe un concejal fusionista *per se*.

Se dice que han reformado el local, que han colocado butacas nuevas y proscenios.

Pero no parece cierto.

Se trató, según parece, en poner apuntador para varios oradores.

Pero se ha desistido, por no contar en el presupuesto de gastos con cantidad suficiente.

Sería una ventaja para algunos oradores esa guía en las tinieblas de su discurso.

Porque el apuntador podría añadir á la palabra que anticipaba, la entonación debida.

Por ejemplo:

A.—La patria dolorida.... (con dolor intestino).

D.—La patria dolorida....

A.—Protesta.... (energía).

D.—Protesta....

Se corría el peligro de que el orador creyera que las advertencias eran también parte del discurso manuscrito. Su pongamos:

A.—Levantemos nuestra voz... (duro y á la cabeza).

D.—Levantemos nuestra voz: ¡duro y á la cabeza!

Y tendria que mediar el Presidente para advertir al diputado:

—Suplico á S. S. que no nombre aquí la cabeza, y que se modere, si gasta.

Ya tienen escrito el croquis del discurso que van á soltar algunos señores diputados.

Me han hablado de uno, que si le suelta ese padre como está escrito, ni el P. Corbato.



A YER-Y HOY

I.

Se despierta á las siete, y á rezar,
pensando en una dama que vió ayer,
mientras libra el bigote del poder
del ámbar en que le hizo aprisionar.

Tres horas, algo largas de contar,
gasta en dar á su rostro rosicler,
y otras dos, por lo menos, en poner
su cuerpo entre las calzas de adobar.

Después de esta tarea, sale al fin,
y recorre en un potro corredor
la Corte de un confin á otro confin.

Mas ¿á qué tanto afán? Cuando en rigor
lo que logra tan lindo querubín
es morirse de tedio á lo mejor.

II.

Hoy no reza, y despiértase á las tres,
se hace rizar el pelo *comm'il faut*,
y se lanza á la calle en un *landeau*
que ostenta una corona de marqués.

Va al Veloz á apuntar algún entrés,
ama lo que cualquiera desechó,
y debe de la leche que lactó
hasta el *breck* en que va al *steeple-chase*.

Suele un choto mamón banderillar,
y la Pelos prefiere á la Sembrick,
diciendo que ama el arte hasta rabiar.

Mas muere, y sólo aciertan á llorar
tanto ingenio, tal gracia y tanto *chic*
los ingleses que deja sin pagar.

ÁNGEL R. CHAVES.

NO REPARAR EN PELILLOS

No fué pequeña la errata del que, firmando de prisa, Pelo de Zapa, ¡qué risa! puso por Lope Zapata.

Leyólo un lector cazurro, y dijo para su capa: —Mejor que pelo de zapa pusiera: pelo de burro.

Don Lope supo muy pronto el dicho, y no sin rencor exclamó:—¡Vaya, el lector no tiene pelo de tonto!

De chismes nadie está á salvo; con que el lector supo el lance; mas lo apurado del trance, fué que el lector era calvo, y mal humorado y viejo; por lo cual dijo:—Al Don Lope le pondré, cuando le tope, como pelo de conejo.

Por hablarle cara á cara en su busca el viejo anduvo,

y en un pelo sólo estuvo que en la calle no le hallara.

Pero al fin pasó lo que era de esperar: que se encontraron; y apenas se interpararon, comenzó la pelotera.

—Tiene usted pelo de zorro. —Y usted sin pelo la frente.

Y á los dos, juntada gente, les tomaba el pelo, en corro.

Y á este tenor seguiría el pela-pollos un rato, hasta que hubo un pela-gato que avisó á la policía.

Y al ir á la prevención Don Lope, dijo:—¡Yo apelo! Y exclamó el viejo:—A, y pelo; ¿prosigue usted la alusión?

El inspector les pregunta, y enterado del motivo, dice, entre serio y festivo: —¡Pues no le veo la punta!

—Razón hay de que malicie —dice el viejo—que el no ver la punta en esto, es volver á aludir á mi calvicie.

En tanto que, descompuesto, grita Don Lope sañudo:

—¿Que yo no soy muy agudo quiere usted decir con esto?

Y fué tanta la porfía de uno y otro, y la pelaza, que al fin perdió la cachaza hasta el mismo policía.

Y se agriaron esta vez de modo tan contumaz, que para ponerlos paz hubo de venir el juez.

El cual dijo:—Es de cliquillos pleito tan estrafalario.

¿No saben que es necesario no reparar en pelillos?

R. BLANCO ASENJO.

MISCELANEAS VIEJAS, por A. Novejarque



—Portera, ¿está D. Severiano?
—Sí, señor, en el cementerio.
—¿Cuándo ha muerto?
—Ayer.
—Entonces aún podrá leer esta carta, porque tiene la fecha de anteayer.



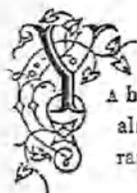
—La sordera que usted padece ¿es de nacimiento?
—No, señor; es de oído.

NOTA ARTÍSTICA



DOS HERMANAS

EL TEATRO REAL



A ha abierto de par en par sus puertas el gran almacén de frutos italianos que abastece durante el invierno á la gente *chic*.

La Empresa es nueva, nuevos los empleados, nueva la colocación de la orquesta, nuevos los precios. La novedad viene á entronizarse en el seno de la vejez. ¿ Logrará refrescarla? Allá veremos.

De lo poquísimo bueno que anda por ahí desperdigado, la Empresa ha recogido lo que han dejado disponible los que van á la América del Norte, donde todavía se paga mucho y bien.

Los *yankees* y los madrileños; he ahí lo único que queda actualmente á la ópera italiana para mantenerla en sus postrimerías, y consolarla en el período agónico.

No sé lo que durará éste en el teatro Real, condenado hoy por la absurda tiranía de un pliego de condiciones draconiano á vivir de mala manera, y casi siempre fuera de la ley; pero no es difícil asegurar que su existencia transcurrirá, como siempre, en medio de ese ambiente convencional, formado por las exigencias de la moda, y que el arte figurará en secundario lugar.

Sea de ello lo que quiera, y sin prejuzgar el éxito que espera á la temporada, ello es que la lista de la Compañía contiene muchos nombres, casi todos ventajosamente conocidos de nuestro público, y que hay que aguardar el desarrollo de los sucesos para emitir un juicio racional.

La novedad más saliente es la escritura de Masini (y conste que el apellido del famoso cantante se escribe con *una ese*, no con dos, como lo hacen los periódicos y la misma Empresa en los carteles de abono), contratado

por toda la temporada para cantar cuarenta funciones.

Hace bastantes años que Masini se ausentó de Madrid, después de su célebre competencia con el inolvidable Gayarre, que comunicó al regio coliseo extraordinaria animación.

La impaciencia por escucharle, después del largo eclipse, es considerable. Dejó innumerables devotos en

la corte de España y el recuerdo de grandes triunfos, cuya reproducción ansian, como es natural, la Empresa y los abonados.

No hemos de tardar en verlo, y ¡ojalá venga el señor Masini á reverdecer pasados laureles! Hay en el día tan pocos artistas que conserven las tradiciones de aquel *bel canto*, delicia de nuestros mayores, que bien podríamos darnos por satisfechos con que sólo en momentos dados nos lo recordara el célebre tenor.

Á su lado estarán De Lucia y Mariacher, á quienes ya conocemos, y De Negri y Borgatti, que, según la frase de *cliché*, vienen precedidos de reputación excelente.

Entre las tipleas figuran la Tetrizzini, artista exquisita y proveccta cantante, á quien

el público madrileño quiere entrañablemente desde hace muchos años, y que va adquiriendo en el regio coliseo caracteres de verdadera institución; la Pinkert, que fué sostén de la temporada del Príncipe Alfonso en la pasada primavera; la Mendioroz, que cantó con aplauso en el Real hace poco tiempo.

Las nuevas artistas son la Calvé, que posee mucho renombre; la Lantes, una española de cuya figura y facultades vocales he oído muchos elogios, y la Colombatti, de quien no tengo la menor noticia.



SR. MASINI.

La Leonardi, muy conocida en Madrid, y la Marchesini, á quien por acá no se conoce, forman el *duetto* de medio sopranos y contraltos, cantidad que me parece deficiente para las exigencias del teatro Real.

Volviendo al sexo feo, figuran entre los baritonos Menotti, artista admirable y aplaudidísimo entre nosotros, y los Sres. Sanmarco y Miotti, que, careciendo de nombre en Madrid, se hallan en óptimas condiciones para conquistarla.

El bajo Navarrini hará oscilar la luz eléctrica con los torrentes de la desbordada voz, y su compañero, el señor Scarneo, un desconocido, y nuestro compatriota el señor Verdagner, antiguo en la casa, compartirán con aquél las fatigas de la temporada.

Baldelli está; cómo no! á la cabeza de los bajos cómicos, puesto que es el único de la clase, y se lleva siempre de calle al público.

Como directores figuran los Sres. Mugnone, Campanini y Urrutia. La gran novedad es el primero, que goza de gran fama en Italia, y de quien tengo las mejores noticias, como artista de temperamento ardiente y colorista superior.

Prescindo de otros cantantes que se hallan en inferior categoría, y hago solamente constar que el cuerpo de Terpsicore se compone de 34 bailarinas conspicuas,

ligeras como la espuma y bellas como el sol. Si resultan pesadas como el plomo y feas como una noche de truenos, allá ellas, que yo no habré pecado por falta de buena voluntad.

Con eso, 84 coristas y 100 profesores de orquesta, creo que la buena sociedad y la sociedad mediana de la villa y corte pueden pasar muy buenos ratos este invierno en el teatro Real, sobre todo si los tiempos dan de sí con respecto á chismes, cuentos y murmuraciones políticas y sociales, que adquieran tantos atractivos con acompañamiento de óperas de Rossini, Verdi y Meyerbeer.

Veremos lo que resulta de la temporada, y las dotes que revela para manejar el gran tinglado de Oriente el

nuevo empresario Sr. Rodrigo, á quien la salud no falte, que harta necesitará para aguantar el alud que se le viene encima.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



SETA. TETRAZZINI.

EL SABIO Y EL GENIO

I.

—Vuelve en ti—dijo á Colón un sabio;—juegas la vida en la terrible partida, y eso me da compasión; que de esa masa agitada, cubierta de negra bruma, en cada copo de espuma va una tormenta encerrada. Corres, demente, á un azar, ¡y el porvenir no te aterra!.... ¡Si en sueño viste esa tierra, mira despierto este mar, y acalla en tu pecho el grito del afán que te enardece!.... ¡El átomo no merece los riesgos del infinito!....—

Y, oyéndole el genovés, plegó con desprecio el labio, y....—¡Eres tonto!—dijo al sabio, alejándose después.

II.

Y cuando Colón sentía que la muerte se acercaba, vió al sabio que le miraba, y escuchó que le decía: —Ya está logrado tu afán; otras tierras descubriste, pero mira el pago triste que en recompensa te dan. Afrenta, olvido, desprecio; conque piensa en este agravio,

y dime quién es el sabio, ¡y á ver quién resulta necio!.... El mundo es torpe y traidor, y ahora ya comprenderás que no perdones jamás al que le hace ver su error.

Y es un loco el que demande consuelo, en sus duras penas, á quien forja las cadenas para sujetar lo grande.

—Pues bueno—dijo Colón:—si el mundo es como supones, sirvan tus mismas razones para disculpar mi acción.

Con tu lógica me atrevo, y á tu lógica me ajusto; ¡siendo éste malo, era justo que alguien buscara otro nuevo!

LUIS DE ANSORENA.



Recuerdos de la vendimia

¿Te acuerdas, niña adorada,
de aquellas horas alegres
que antaño pasamos juntos
en los viñedos de Yepes?

¿Te acuerdas de aquellos besos
que me estampaste en la frente
debajo de aquella cepa

tan rica en racimos verdes?

¿Te acuerdas de que mis manos,
después del almuerzo agreste,
se enlazaron con las tuyas,
que apestaban á escabeche?

¿Te acuerdas de que, picanilo
tus uvas, llegué á comerme

tres docenas de racimos
de exquisitas moscateles?

¡Oh! ¡Quién pensara que aquello,
que empezó en amor campestre,
iba á acabar en un cólico
cerrado herméticamente!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

COSAS



— ¡Sabes que ha muerto de una pulmonía aquel mastro que se vestía...
— ¡Dietos, bien decía él, que se iba a morir sin que yo le parara!



Todo ha concluido entre nosotros. Y ¡no podemos a un *recorrimos* en una hora sólo avamos 10 kilómetros.



A ver si una mar pusa de esas se enamora de mí, y nos casamos, y salgo de la cuenta con doña Robustiana.



¡Con sus dapas cortas se ven unas chicas tan lindas, tan monas, tan guapas, tan ricas!

Con su porte inevitable de se cree irresistible, y no es más que inaguantable.

LA ESTATUA DEL AMOR



Venus estaba inconsolable.

Su niño, su hermoso niño, se moría de tristeza.

No quería jugar con las mariposas del jardín; no le divertía tirar al blanco con su dorado arco y sus diamantinas flechas, sobre el corazón de los jóvenes enamorados; ni aun le regocijaba lanzar certeros dardos á los viejos, para reírse de sus sentiles arranques amorosos.

El niño Amor yacía en un estado tal de postración, que ni las más bellas diosas le impresionaban.

Así que su madre, la incomparable Venus, no sabía qué hacerse con el pequeñín de su alma.

Una mañana lo encontró registrando todos los rincones del jardín.

—¿Qué buscas?—le dijo.

—Materiales para hacer

la mujer más bella del universo—contestó el tiranillo de los corazones.

—¡Pero, hijo!—replicó la madre;—más hermosa que las ninfas, que las nereidas, que las diosas, que las sirenas, que las ondinas, que las silfides, que las náyades, que las gracias, que las hadas, que yo misma, ¿dónde, ni cómo, la vas á encontrar?

—Ayúdame, y verás si la encuentro.

Y la madre de Cupido, por complacerlo, se dispuso á obedecerle en cuanto le mandase.

Echó á correr el niño por el jardín que le servía de jardín, y á los pocos momentos volvió trayendo en sus manos los trozos de una rota escultura de mujer.

—Ya tengo la base—exclamó;—ahora proporcióname tú lo que necesite.

Mirábale Venus sorprendida, y pensando si se habría vuelto loco su hijo.

—¡Que traigan una palmera!—gritó éste con su vocicilla argentina.

Levantó la diosa su varita mágica, y á los pocos instantes el fiero Simoun transportó al griego jardín la más gentil de las palmas del africano desierto.



Cortó Cupido un pedazo de su flexible tronco, y unió con él, por la rota cintura, los dos trozos principales de la estatua.

Á seguida pidió que le trajeran nieve, y los gnomos del Polo Norte mandáronle los más blancos copos de sus heladas regiones. Recubrió con ellos el pecho y hombros de la escultura, y dijo á su madre que llamase á los titanes.

Como evocados por secreto conjuro, presentáronse los pavorosos gigantes; hablóles al oído, y al poco rato volvieron con un pedazo del más puro alabastro que albergara la tierra en sus entrañas.

Lo colocó sobre los nevados hombros de la figura á guisa de cuello, y afirmó en él la rota cabeza.

Miró'a con aire triunfador, y saliendo por una puertecilla que daba al mar, habló con las olas y con las espumas, que á una ligera indicación de Venus obedecieron lo que su hijo les ordenaba, y arrojaron á la playa porción de nacarinas perlas y rojos corales. Incrustó el artífice las primeras en la boca de la estatua, simulando los dientes, y cual si fuesen los labios, colocó los corales.

Llamó á un auorcillo, su subordinado, hizole un encargo, y mientras lo cumplimentaba, cogió del jardín un ramito de jazmines, se los puso á su muñeca figurando las manos,

y cortando de un lindo rosal dos aterciopeladas rosas, se las adhirió á las mejillas. En esto regresó el emisario con dos pedacitos de azul del cielo y un gran puñado de hilos de oro, que había arrancado de su rubia melena al Sol, y arrebatándoselos bruscamente, formó con ellos los ojos y la cabellera de su obra, á la que sonrió satisfecho, y que por orden de Venus concluyeron de modelar las tres Gracias.

Y así que terminaron su trabajo estas enrantadoras deidades, convinieron con Venus y el Amor en que no había en la tierra, ni en el Empíreo, mujer más hermosa que la formada por Cupido.

Y he aquí el por qué los *sapientísimos* críticos no tienen átomo de razón al tachar de cursis y falsarios á esos pobres poetas que, para describir la deidad que adoran, dicen que su cuerpo es escultural y parece estar modelado por las Gracias; que su talle es flexible como la palma del desierto, sus hombros y su pecho blancos como la nieve, su cuello de alabastro, sus manos como ramitos de jazmines, sus mejillas de rosa, sus cabellos rubios como los del Sol, sus dientes de perlas, sus labios de coral y sus ojos de cielo; pues con todas estas cosas se formó la mujer más bella que ha existido, y esto no podrán negarlo, pues convinieron en ello tan respetables autoridades en la materia como Venus, las tres Gracias y el Amor.

Joaquín ALCAIDE DE ZAFRA.



